

¿CRISIS DE AUTORIDAD EN LA IGLESIA?

por
ENRIQUE J. LAJE,
S. J.

La Iglesia vive hoy una situación de crisis como la vive el mundo. Y esta crisis alcanza de una manera especial a su misma autoridad.

En muchos sectores de la Iglesia se pone en tela de juicio o se prescinde simplemente de las disposiciones de la autoridad eclesiástica, no sólo en el campo disciplinar sino también en el doctrinal y en el litúrgico.

Los conflictos de sacerdotes y fieles con su obispo se suceden de continuo y se han convertido en noticia para la prensa de todo el mundo. La misma autoridad papal es también objeto de la crítica y del desacato.

Es natural que ante esta situación, inimaginable hace diez años, muchos católicos se sientan confundidos y se pregunten alarmados, ¿qué es lo que pasa en la Iglesia?

No es fácil una respuesta a esta pregunta porque se trata de una situación sumamente compleja.

Hay conflictos de personas, defectos en el ejercicio de la autoridad, incomprensiones, impaciencias, insubordinaciones y todo lo anecdótico que podamos enumerar en cada situación concreta.

Pero hay también un problema más profundo y más radical: un cambio en la concepción teológica de la Iglesia que coincide con una gran revolución cultural en el mundo.

Esto hace que la crisis no se circunscriba a una mera crítica de la forma o modalidad con que se ejerce la autoridad sino que alcance su mismo concepto.

CAMBIO EN LA CONCEPCION TEOLOGICA DE LA IGLESIA

Al hablar de cambio en la concepción teológica de la Iglesia no queremos decir que haya un cambio sino una continuidad dogmática entre Trento y los Concilios Vaticano I y II.

Lo que hay es más bien un cambio de enfoque o un cambio de acentos, que responde a las circunstancias históricas que vive la Iglesia.

De Trento al Vaticano I, la Iglesia vive la problemática de la Reforma y de la Contra-Reforma. Es una época de enfrentamientos y controversias. Los teólogos empuñan todas sus fuerzas en la defensa de aquellos aspectos de la fe que niega el adversario. Esto da a la teología un tono marcadamente apologético y polémico.

Frente a la negación protestante del Papado y de la Jerarquía, Bellarmino, en sus famosas **Controversias**, define a la Iglesia como "una agrupación de hombres ligados entre sí por la profesión de la misma fe cristiana y por la participación en los mismos sacramentos bajo la guía de los pastores legítimos sobre todo del Vicario de Cristo en la tierra, el Romano Pontífice" (De Ecclesia militante, III/2, Ingolstadt 1587, 192).

Esta definición de Bellarmino se impone y prevalece en los tratados teológicos sobre la Iglesia hasta el s. XX.

En cambio, el Concilio Vaticano II que tiene lugar en una época de ecumenismo y de diálogo, al hablar de la Iglesia, subraya la idea de misterio de fe y de comunidad de salvación. En lugar de dar una definición de la Iglesia, trata de describirla recurriendo a las imágenes bíblicas: Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios, Esposa... y al concepto teológico de sacramento.

Sin embargo, estas concepciones de la Iglesia, la de Trento y la del Vaticano II, no son contradictorias sino complementarias.

Bellarmino no ignora que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, pero debido a las circunstancias históricas pone el acento en su aspecto institucional, en su constitución jerárquica y sobre todo en el Papado.

El Vaticano II, a su vez, no olvida ni la constitución jerárquica, ni el Primado, pero pone el acento sobre la comunidad de fe y sobre el Episcopado.

¿CRISIS DE AUTORIDAD EN LA IGLESIA?

Esta diferencia de acentos es importante para comprender la crisis actual de autoridad, porque esta diferencia de acentos determina modalidades distintas en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia.

La crisis actual es, en parte, la consecuencia del paso de una modalidad a otra. Paso que, por otro lado, todavía está en plena gestación con todo lo que esto implica de faltas de coherencia, de desigualdad de criterios y de mentalidades dispares.

DESPUES DE TRENTO

Después de Trento el ejercicio de la autoridad en la Iglesia se caracterizó por una exaltación del poder central del Papa como signo de la unidad, y por un control total por parte de la Jerarquía de toda la vida de la Iglesia para prevenir todo brote de herejía. Son características en este sentido las intervenciones del Santo Oficio y el índice de libros prohibidos. La Iglesia llegó así a presentar una imagen monolítica estructurada de forma piramidal.

Esto llevó con el tiempo, debido a las limitaciones humanas, a una cierta identificación de Jerarquía con Iglesia. Es notable que todos los tratados teológicos de la época sobre la Iglesia, son tratados sobre la Jerarquía.

Llevó también al desarrollo de un juridismo exagerado que pretendía legislar hasta el último detalle de la vida de la comunidad cristiana ahogando el espíritu, e inhibiendo las iniciativas particulares.

Nació además un clericalismo paternalista. El clérigo lo era todo y el que lo hacía todo. Y el laico, como un cristiano de segunda clase, sólo recibía pasivamente la doctrina y los sacramentos.

Por otra parte, la centralización romana, poco a poco, llevó a identificar catolicidad con romanidad y a concebir la Iglesia como una gran diócesis cuyo obispo era el Papa. En esta concepción los obispos aparecían como delegados del Papa y no como vicarios de Cristo en su diócesis.

DESPUES DEL VATICANO II

El Vaticano II trata de corregir estos excesos presentando una imagen más equilibrada y más global de la Iglesia.

Por eso habla primero del misterio de la Iglesia y de la Iglesia como Pueblo de Dios, para mostrar luego que en ese Pueblo donde todos somos iguales en la dignidad cristiana hay diversidad de funciones que tienen el sentido de un servicio a la comunidad.

Jerarquía y laicado aparecen así como estructuras de un único Pueblo de Dios. Se pone el énfasis en la comunidad cristiana que integramos todos, y en el episcopado universal como signo de la catolicidad de la Iglesia. Asimismo el neologismo "colegialidad" episcopal pone de relieve la corresponsabilidad de los obispos en el gobierno universal de la Iglesia.

Pero el acento puesto en la comunidad y la reacción inmoderada contra las exageraciones postridentinas, nos hacen correr el peligro de caer en otras desviaciones tanto o más peligrosas que las anteriores.

Un acento exclusivo en la idea de comunidad de fe y de Pueblo de Dios puede hacer olvidar que la autoridad en la Iglesia no proviene inmediatamente de la comunidad, como en una democracia, sino de Cristo por la sucesión apostólica.

El movimiento de desclericalización puede llevar a borrar las fronteras de la diversidad de funciones y a olvidar la diferencia esencial entre el sacerdocio universal de los fieles y el sacerdocio ministerial.

La reacción contra el paternalismo clerical puede terminar en la negación de toda autoridad legítima.

El rechazo de un juridismo exagerado puede llevar a la negación de todo lo jurídico y de toda ley.

La afirmación unilateral de la libertad del Espíritu y de lo carismático puede llevar a cuestionar todo lo institucional y la jurisdicción de la Jerarquía.

Por último, la exaltación de la Iglesia local y la búsqueda de una expresión de la fe en la propia cultura, por otra parte legítimas, pueden llegar, si no se tiene cuidado, a destruir, e incluso, a hacer imposible la unidad de la Iglesia.

La interacción de todas estas corrientes ha creado el panorama de confusión y de crisis de autoridad que presenta hoy la Iglesia.

Para otros, hemos sido demasiado lejos la concepción postridentina no han sido todavía suficientemente corregidos.

Para otros, hemos sido demasiado lejos y perdido nuevamente el equilibrio cayendo en el otro extremo.

REVOLUCION CULTURAL

Todo esto se complica con la revolución cultural que vive el mundo de hoy como consecuencia del prodigioso progreso científico-técnico y de los medios de comunicación social.

Nos encontramos en un mundo que está cambiando aceleradamente sus formas y concepciones de vida. De los numerosos factores que intervienen en este proceso son dos, probablemente, los que tienen

una mayor gravitación en la crisis de autoridad que vive la Iglesia: la valorización de lo personal y el problema social.

La exaltación de la persona humana ha hecho crecer el deseo de participar, de ser corresponsable, de estar asociado a la autoridad que gobierna, de no ser considerado como un sujeto pasivo sino como un miembro activo del organismo social. El hombre de hoy quiere estar informado, desea ser consultado y verse insertado en estructuras más humanas de diálogo.

Por eso, las actitudes individuales o las estructuras formales que no responden a estas exigencias son objeto de lo que hoy se llama la **contestación**, un cuestionamiento global.

Dada la presencia de la Iglesia en el mundo es inevitable que su autoridad y sus estructuras sean también objeto de contestación.

Otra característica o signo de nuestro tiempo es la aguda conciencia social. Se siente vivamente la desigualdad entre países pobres y países ricos, y dentro de nuestra América Latina, entre las clases de menos recursos y las clases altas. Esta toma de conciencia lleva a muchos cristianos a posiciones extremas.

Se reduce la finalidad de la Iglesia al compromiso social, de manera que se llega a considerar que el único testimonio cristiano válido ante los hombres de hoy es el compromiso temporal encarnado, es decir, la colaboración con marxistas y miembros de otras confesiones cristianas para la liberación de los oprimidos y explotados, recurriendo a toda clase de medios, incluso a la violencia.

De esta actitud surge la tendencia a desvincularse cada vez más del Papa y de los Obispos porque se los considera reacios a aceptar las nuevas ideas sobre la misión de la Iglesia en el mundo y el compromiso temporal.

Se piensa que hay que liberarse de lo institucional y del mandato jerárquico para crear grupos proféticos comprometidos en la acción temporal.

CRISIS ACTUAL

Todo esto nos indica que la crisis que vivimos afecta no sólo al ejercicio de la autoridad en la Iglesia sino también su mismo concepto.

El problema va más allá de la discusión sobre la conveniencia de reformar e internacionalizar la Curia romana.

Ya no se trata solamente de una mayor o menor centralización en el gobierno y de la creación de nuevos órganos de consulta para dar lugar a una mayor participación en la elaboración de las decisiones.

Lo que está en juego es la misma naturaleza de la Iglesia y de su autoridad.

Por consiguiente, es importante que tratemos de aclarar la naturaleza misma de la autoridad en la Iglesia para que podamos contar con un criterio seguro que nos permita distinguir lo esencial de lo accidental, lo permanente de lo que depende de circunstancias históricas, y lo verdadero de posibles desviaciones.

Pero para poder determinar la naturaleza de la autoridad en la Iglesia tenemos que preguntarnos primero qué clase de sociedad es la Iglesia.

¿QUE ES LA IGLESIA?

¿Es la Iglesia una sociedad política con jurisdicción, una familia con potestad dominativa, o una asociación libremente contractuada?

Debemos decir que no es ninguna de las tres, y que, por tanto, no se le puede aplicar ninguna de estas formas de autoridad.

La Iglesia no tiene como fin el "bien común" que no puede lograrse por el esfuerzo aislado de sus miembros.

Tampoco le corresponde la potestad dominativa porque ésta se ordena a llevar a sus súbditos a un estado de madurez que una vez conseguido los exime de la sumisión a esta potestad.

Por otra parte, aunque la Iglesia es una asociación libre, dado que sus miembros se le incorporan por una decisión personal, nadie podría sostener seriamente que la autoridad de la Iglesia se funda en el contrato por el cual sus miembros se incorporan a ella.

La Iglesia difiere de todas estas sociedades en sus fines y en sus medios. Y asimismo en la naturaleza de su autoridad.

"La Iglesia católica, como dice Rahner, no es una unión carismática o democrática de hombres unidos por una fe individual en el mensaje de Cristo, estructurada de abajo arriba, con entera libertad.

"La Iglesia, por el contrario, es una sociedad establecida autoritativamente —de arriba abajo— por Cristo, mediante la institución del colegio apostólico cuya cabeza es Pedro; sociedad que se acerca al hombre con una exigencia (de origen divino) de obediencia, fe y sumisión, y cuyos caracteres fundamentales (en su constitución, derecho y administración) están determinados por la **voluntad fundacional de Cristo**, pese a todos los cambios de detalle.

"Los poderes de los apóstoles han sido transmitidos a los obispos bajo el Papa, en cuanto ellos son —unos y otros— sus legítimos sucesores" (**Teología del Concilio**, Selecciones de Teol., 1962, p. 133).

LA AUTORIDAD EN LA IGLESIA

Por eso, el principio fundamental, que hemos de tener en cuenta, es que el origen permanente de la autoridad en la Iglesia es la voluntad fundacional de Cristo.

Solamente dentro de una visión de fe podremos comprender la naturaleza de la autoridad en la Iglesia, pues ésta adquiere su realidad y su inteligibilidad únicamente por su relación a Cristo.

Esto hace que la autoridad en la Iglesia sea distinta de cualquier otra autoridad.

Cristo es el verdadero Jefe de la Iglesia. El Papa y los Obispos no son sucesores de Cristo. Son solamente sus delegados, sus vicarios.

Por eso, cuando Cristo confía a los Apóstoles la misión de anunciar el Evangelio a todas las naciones, añade que El estará siempre con ellos hasta la consumación del mundo (Mt. 28, 18-20).

Cristo delega su autoridad en el Colegio apostólico: "Como el Padre me envió así yo os envío a vosotros" (Jn. 20, 21). Y les da no sólo el poder de perdonar los pecados sino también un poder más amplio de atar y desatar (Mt. 18, 18).

A Pedro lo constituye cabeza del colegio apostólico. Lo hace la roca sobre la cual se ha de construir la Iglesia, le da el poder de las llaves (Mt. 10, 18-19), le encomienda la misión de confirmar a sus hermanos (Lc. 22, 32) y de apacentar sus ovejas (Jn. 21, 15-17).

Así lo entiende el Concilio Vaticano II en la constitución dogmática sobre la Iglesia: "Este santo Sínodo, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano I, enseña y declara con él que Jesucristo, Pastor eterno, edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles lo mismo que El fue enviado por el Padre (Cfr. Jn. 20, 21) y quiso que los sucesores de aquellos, los Obispos, fuesen los pastores en su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

"Pero para que el mismo episcopado fuese uno solo e indiviso, puso al frente de los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de comunión.

"Esta doctrina sobre la institución, perpetuidad, poder y razón de ser del sacro Primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente como objeto de fe incommovible a todos los fieles, y, prosiguiendo dentro de la misma línea, se propone, ante la faz de todos, profesar y declarar la doctrina acerca de los Obispos, sucesores de los Apóstoles, los cuales,

junto con el sucesor de Pedro, Vicario de Cristo y Cabeza visible de toda la Iglesia, rigen la Casa del Dios vivo" (L. G., N° 18).

Tenemos aquí expresada en unas pocas líneas por el Concilio Vaticano II la **naturaleza de la autoridad** en la Iglesia. Es una autoridad instituida por Cristo para regir la Casa de Dios.

El **sujeto que detenta** esta autoridad es el Papa con los Obispos. Por eso, hablar de la autoridad en la Iglesia, es hablar de la autoridad del Papa y de los Obispos.

AUTORIDAD DEL PAPA

La autoridad del Papa fue ampliamente tratada por el Concilio Vaticano I que apoyándose en la Escritura y en la Tradición definió solemnemente como dogma de fe el Primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia del Romano Pontífice y su Magisterio infalible cuando habla *ex cathedra*.

El Vaticano II hace suyas estas definiciones afirmando que "el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente" (L. G., N° 22, &2).

El Magisterio infalible del Papa, cuando habla *ex cathedra*, es también objeto de una nueva afirmación por parte del Vaticano II: "El Romano Pontífice, Cabeza del Colegio Episcopal, goza de la misma infalibilidad (que la Iglesia) en razón de su oficio cuando, como supremo pastor y doctor de todos los fieles, que confirma en la fe a sus hermanos (Lc. 22, 32), proclama de una forma definitiva la doctrina de la fe y costumbres" (L. G., N° 25, &3).

Contra las doctrinas conciliaristas, el Vaticano II, lo mismo que el Vaticano I, enseña que estas "definiciones (del magisterio papal) son irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia".

La Razón de esto es la asistencia del Espíritu Santo prometida al Papa en la persona de Pedro. En estos casos el Papa no habla como persona privada sino como maestro supremo de la Iglesia universal que expone o defiende la doctrina de la fe católica.

Por eso, cuando el Papa habla *ex cathedra* sus enseñanzas no necesitan de ninguna aprobación de otros, ni admiten la apelación a otro tribunal (cfr. L. G., N° 25, &3).

En los casos en que el Papa no habla *ex cathedra* para definir la fe de la Iglesia, pero se dirige a la Iglesia universal como supremo Pastor y Doctor, se le debe prestar, dice el Concilio, "un obsequio religioso de la voluntad y del entendimien-

to", "de manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se preste adhesión al parecer expresado por él" (cfr. L. G., N° 25, &1).

Podemos decir, por consiguiente, que en todo lo referente a la autoridad papal hay una perfecta unanimidad entre los Concilios Vaticano I y II. La doctrina de la Iglesia no ha cambiado, ni puede cambiar porque se trata de dogmas de fe.

Sin embargo, a pesar de que el Papa tiene personalmente un primado de jurisdicción episcopal pleno, inmediato, ordinario y general sobre toda la Iglesia y cada uno de sus miembros, incluso los obispos, no se puede decir en un sentido estricto, como a veces se ha dicho, que el Primado es una monarquía absoluta.

"La monarquía absoluta excluye las instituciones de derecho constitucional cuya existencia es independiente de la voluntad del monarca. Por eso no se puede hablar de monarquía absoluta cuando la voluntad del monarca encuentra un principio de limitación en una realidad jurídica a la cual él está sometido" (K. Rahner).

En el caso de la Iglesia, la voluntad del Papa está limitada por una realidad que forma parte integrante de la constitución de la Iglesia por voluntad de Dios: el Episcopado.

Así responde el Episcopado alemán a los ataques de Bismarck en un documento poco conocido entre nosotros pero de suma importancia para la interpretación del Vaticano I debido a la aprobación solemne que de él hizo Pío IX, y a la acogida que tuvo por parte del Episcopado no alemán.

Dicen los obispos alemanes que "no puede aplicarse al Papa la calificación de monarca absoluto ni siquiera en relación a los asuntos eclesiásticos, porque él mismo está bajo el derecho divino y está sujeto a las disposiciones dictadas por Cristo a su Iglesia.

"No puede cambiar la Constitución dada a la Iglesia por su Divino Fundador, como puede cambiar una Constitución estatal el legislador temporal. La Constitución de la Iglesia se basa en todos los puntos esenciales sobre la disposición divina y está sustraída a toda arbitrariedad humana.

"En virtud de esta misma institución, sobre la que descansa el Papado, existe también el Episcopado: también éste tiene sus derechos y obligaciones según las disposiciones dictadas por Dios mismo, que el Papa no tiene el derecho ni el poder de cambiar" (N° 9; D-Sch., 3114-3115).

EL COLEGIO EPISCOPAL

El tema del Episcopado no pudo ser tratado por el Vaticano I debido a su brusca

interrupción. Fue, por eso, una de las preocupaciones centrales del Vaticano II que desarrolló la doctrina de la colegialidad episcopal.

Esta se refiere a la cooperación activa de todo el cuerpo episcopal con el Romano Pontífice en el cuidado pastoral del Pueblo de Dios.

"Este Cuerpo, dice el Concilio, que sucede al Colegio de los Apóstoles en el Magisterio y en el régimen pastoral, es también (como el Papa), **Sujeto de la suprema y plena potestad** sobre la Iglesia universal" (L. G., N° 22, &2).

Sin embargo, no debe concebirse el poder del Papa y el poder del Colegio Episcopal como dos poderes concurrentes, puestos uno frente al otro. El Papa es la Cabeza del Colegio Episcopal de manera que no hay colegio sin Papa y el Colegio no puede ejercer su potestad suprema sin el consentimiento del Romano Pontífice (cfr. L. G., N° 22, &2).

El Concilio tuvo cuidado de explicar que el término **colegio** referido al Episcopado no debe entenderse en un sentido estrictamente jurídico, como una asamblea de iguales que delegan su potestad en su propio presidente, sino como una asamblea estable, cuya estructura y autoridad deben deducirse de la Revelación (Nota explicativa previa, 1°).

Según el Concilio, el Colegio o Cuerpo Episcopal, constituido por el Papa y los Obispos, ejerce su autoridad sobre la Iglesia universal de dos maneras: una solemne, cuando tiene lugar un concilio ecuménico; y otra ordinaria, cuando los obispos están dispersos por el mundo.

Es prerrogativa del Papa, como Cabeza del Colegio, convocar, presidir y confirmar los concilios. Aún más, el concilio ecuménico no es válido sin la aprobación o, al menos, sin la aceptación del Romano Pontífice.

Fuera del concilio cuando los obispos están dispersos por el mundo también es posible una acción colegial siempre que el Papa la convoque, apruebe o acepte.

La creación del Sínodo episcopal por Pablo VI es una forma concreta de hacer participar a los obispos de una manera estable en el gobierno universal de la Iglesia.

La incorporación de los obispos al Colegio Episcopal se hace por la consagración episcopal y por la comunión con la Cabeza y miembros del Colegio.

EL OBISPO

Hemos considerado la autoridad del Papa y del Colegio Episcopal. Nos falta para completar nuestro cuadro el obispo local.

También en esto nos puede servir de guía el Concilio Vaticano II. "Los Obispos, dice, como rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas. Lo hacen con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad" (L. G., N° 27).

"Esta potestad, prosigue el Concilio, que ejercen personalmente en nombre de Cristo es propia, ordinaria e inmediata, aunque su ejercicio esté regulado en definitiva por la suprema autoridad de la Iglesia y pueda ser circunscrita dentro de ciertos límites con miras a la utilidad de la Iglesia o de los fieles.

"En virtud de esta potestad, los Obispos tienen el sagrado derecho, y ante Dios el deber, de legislar sobre sus súbditos, de juzgarlos y de regular todo cuanto pertenece a la organización del culto y del apostolado.

"A ellos se les confía plenamente el oficio pastoral, o sea el cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas, y no deben considerarse como vicarios de los Romanos Pontífices, ya que ejercen potestad propia y son, en verdad, los jefes de los pueblos que gobiernan" (L. G., N° 27).

Los Obispos son, según el Concilio, los maestros auténticos de la fe, los que están dotados de la autoridad de Cristo para predicar al pueblo la fe que ha de ser creída y aplicada a la vida, y para corregir los errores que amenacen a su grey (cfr. L. G., N° 25).

En cuanto a los fieles, el Concilio enseña que, en materia de fe y costumbres, deben aceptar el juicio de su obispo, dado en nombre de Cristo, y deben adherir a él con religioso respeto (cfr. L. G., N° 25).

El Vaticano II no se contenta con indicar las atribuciones del obispo, señala también cómo debe el obispo ejercer su autoridad: "debe tener ante los ojos el ejemplo de Cristo que no vino a ser servido sino a servir", y "no debe negarse a oír a sus súbditos" (L. G., N° 27).

A los presbíteros debe no sólo oír sino también consultar. Y debe dialogar con ellos sobre las necesidades del trabajo pastoral y el bien de la diócesis.

Este diálogo entre obispo y sacerdotes es tan importante que debe ser institucionalizado en una nueva estructura: "Para que esto se lleve a efecto, indica el Concilio, constitúyase, de manera acomodada a las circunstancias y necesidades actuales, en la forma y a tenor de las normas que han de ser determinadas por el derecho, una junta o senado de sacerdotes representantes de la agrupación de todos ellos, que con sus consejos pueda ayudar eficaz-

mente al Obispo en el gobierno de diócesis". (Decr. *Presbyterorum ordinis*, N° 7).

El Concilio aconseja además la creación de consejos pastorales, tanto en el ámbito diocesano como parroquial, para hacer posible la participación de religiosos y laicos en la planificación de la pastoral (cfr. Decr. *Apostolicam actuositatem*, N° 26).

Pero una cosa es la consulta, y el estudio y elaboración de planes, y otra la facultad de decidir. La decisión corresponde siempre al Obispo.

Estas enseñanzas del Concilio Vaticano II son el eco de la Tradición más antigua de la Iglesia.

Entre los años 107 y 116, Ignacio de Antioquía, mártir, daba testimonio en sus cartas del lugar que ocupaba el Obispo en las Iglesias. A los cristianos de Esmirna les dice: "¡Seguid todos al Obispo, como Jesucristo al Padre; asimismo al presbiterio como a los Apóstoles! ¡A los diáconos respetad como el mandamiento de Dios! ¡Nadie puede hacer nada de cuanto atañe a la Iglesia sin la autoridad del obispo! ¡Tomad por legítima y válida aquella eucaristía realizada bajo el obispo o alguno designado por él! Donde se presente el Obispo, allí ha de estar la congregación de los fieles, al igual que, dondequiera que esté Cristo Jesús, allí está la Iglesia Católica.

"No es lícito bautizar ni celebrar el ágape (eucarístico) sin la autoridad del Obispo. Lo que él apruebe, eso mismo es del agrado divino, para que todo cuanto se haga sea seguro y válido" (N° 8).

CONCLUSION

No se puede, por tanto, invocar el nombre del Concilio Vaticano II, ni los primeros siglos del Cristianismo, para prescindir del magisterio o de las disposiciones de la Jerarquía.

La Iglesia no es ni una monarquía absoluta, ni una democracia, ni ninguna otra forma de organización meramente humana. La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios regido por sus legítimos pastores, el Papa y los Obispos, que tienen su autoridad de Cristo a quien representan como sus vicarios.

No se trata en esto de ser pre-conciliar o postconciliar, integrista o progresista, sino de aceptar o no la voluntad fundacional de Cristo.

"La cuestión que se plantea, dice Mons. Marty, es de saber si se va a inventar un nuevo Cristianismo o si se va a vivir el verdadero Cristianismo en las condiciones del mundo. Ciertamente, es necesario renovar, pero manteniendo firme la fe recibida" (Criterio, marzo 1969, p. 180). ♦